

nos babilónicos. El paganismo antiguo va rodando de abismo en abismo, de sofista en sofista y de tirano en tirano, hasta caer en la mano de Calígula, mónstruo horrendo y afrentoso con formas humanas, con ardores insensatos y con apetitos bestiales. El moderno comienza por adorarse á sí propio en una prostituta, para derribarse á los pies de Marat, el tirano cínico y sangriento; y á los de Robespierre, encarnacion suprema de la vanidad humana, con sus instintos inexorables y feroces. El novísimo va á caer en un abismo mas hondo y mas oscuro; tal vez se remueve ya en el cielo de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.

CAPÍTULO VI.

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HA TRIUNFADO DEL MUNDO ESCLUSIVAMENTE POR MEDIOS SOBRENATURALES.

«CUANDO esté puesto en el alto, es decir, en la cruz, traeré todas las cosas á mí: es decir, aseguraré mi dominacion y mi victoria sobre el mundo.» En estas palabras, solemnemente proféticas, descubrió el Señor á sus discípulos á un mismo tiempo lo poco que valian para la conversion del mundo las profecías que anunciaron su advenimiento, los milagros que publicaban su omnipotencia, la santidad de su doctrina, testimonio de su gloria, y lo poderoso que habia de ser para obrar este prodigio su inmensísimo amor revelado á la tierra en su crucificacion y en su muerte.

Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me: si alius venerit in nomine suo, illum accipietis. (Joann., cap. 5., vers. 43.) En estas palabras está anunciado el triunfo natural del error sobre la verdad, del mal sobre el bien. En ellas está el secreto del olvido

en que tenían puesto á Dios todas las gentes, de la propagacion asombrosa de las supersticiones paganas, de las hondas tinieblas tendidas por el mundo; así como el anuncio de las futuras crecientes de los errores humanos, de la futura disminucion de la verdad entre los hombres, de las tribulaciones de la Iglesia, de las persecuciones de los justos, de las victorias de los sofistas, de la popularidad de los blasfemos. En aquellas palabras está como encerrada la historia, con todos los escándalos, con todas las herejías, con todas las revoluciones. En ellas se nos declara por qué, puesto entre Barrabas y Jesus el pueblo judío, condena á Jesus y escoge á Barrabas; por qué, puesto hoy el mundo entre la teología católica y la socialista, escoge la socialista y deja la católica; por qué las discusiones humanas van á parar á la negacion de lo evidente y á la proclamacion de lo absurdo. En esas palabras, verdaderamente maravillosas, está el secreto de todo lo que nuestros padres vieron, de todo lo que verán nuestros hijos, de todo lo que vemos nosotros. No: ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama: palabras profundísimas que atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible, del género humano.

Pero el Padre llamará, y le responderán las gentes: el Hijo será puesto en la cruz y atraerá á sí todas las cosas: ahí está la promesa salvadora del triunfo sobrenatural de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal; promesa que será del todo cumplida al fin de los tiempos.

Pater meus usque modo operatur: et ego operor sicut Pater.... sic et filius quos vult vivificat. (Joann., cap. 5, vers. 17, 21.) *Expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero mittam eum ad vos.* (Joann., cap. 16, vers. 7.)

Las lenguas de todos los doctores, las plumas de todos los sabios no bastarian para explicar todo lo que esas palabras contienen. En ellas se declara la soberana virtud de la gracia, y la accion sobrenatural, invisible, permanente, del Espíritu Santo. Ahí está el sobrenaturalismo católico con su infinita fecundidad y con

sus maravillas inenarrables; ahí está explicado, sobre todo, el triunfo de la cruz, que es el mayor y el mas inconcebible de todos los portentos.

En efecto, el Cristianismo, humanamente hablando, debia sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables. Jamás el género humano dejó de rebelarse y de protestar contra todas esas cosas separadas; y no era probable, ni creible, ni imaginable siquiera, que dejara de rebelarse y de protestar contra todas ellas juntas; y de hecho estalló en blasfemias, y en protestas, y en rebeldías.

Empero el Justo subió á la cruz por amor, y derramó su sangre por amor, y dió su vida por amor: y ese amor infinito y esa preciosísima sangre merecieron al mundo la venida del Espíritu Santo. Entonces todas las cosas mudaron de faz, porque la razon fué vencida por la fé, y la naturaleza por la gracia.

¡Cuán admirable es Dios en sus obras, cuán maravilloso en sus designios, y cuán sublime en sus pensamientos! El hombre y la verdad andaban reñidos; el orgullo indomable del primero se compadecia mal con la evidencia un tanto insolente y brutal de la segunda. Dios templó la evidencia de la segunda poniéndola entre nubes transparentes, y envió al primero la fé, y enviándosela, ajustó con él este pacto: Yo dividiré contigo el imperio; yo te diré lo que has de creer, y te daré fuerza para que lo creas, pero no oprimiré con el yugo de la evidencia tu voluntad soberana; te doy la mano para salvarte, pero te dejo derecho de perderte; obra conmigo tu salvacion, ó piérdete tú solo; no te quitaré lo que te dí, y el dia que te saqué de la nada, te dí el libre albedrío. Y este pacto, por la gracia de Dios, fué libremente aceptado por el hombre. De esta manera la oscuridad dogmática del Catolicismo salvó de un naufragio cierto á su evidencia histórica. La fé, mas conforme que la evidencia con el entendimiento del hombre, salvó del naufragio á la razon humana. La verdad debia de ser propuesta por la fé, si habia de ser aceptada por el hom-

bre, rebelde de suyo contra la tiranía de la evidencia.

Y el mismo espíritu que propone lo que se ha de creer, y nos da fuerza para que lo creamos, propone lo que es necesario obrar, y nos da el deseo de obrarlo, y obra con nosotros para que lo obremos. Tan grande es la miseria del hombre, tan honda su abyeccion, tan absoluta su ignorancia y tan radical su impotencia, que no puede por sí solo ni formar un buen propósito, ni trazar un gran designio, ni concebir un gran deseo de cosa que agrade á Dios y que aproveche á la salvacion de su alma. Y por otro lado, es tan alta su dignidad, su naturaleza tan noble, su origen tan excelso, su fin tan glorioso, que el mismo Dios piensa por su pensamiento, ve por sus ojos, anda con sus piés y obra por sus manos. Él es el que le lleva para que ande, y el que le detiene para que no tropiece, y el que manda á sus ángeles que le asistan para que no caiga; y si por ventura cae, él le levanta por sí mismo; y puesto en pié, le hace que desee perseverar y le hace que persevere. Por eso dice San Agustin: Ninguno creamos que viene á la verdadera salud, si Dios no lo llama; y ninguno, despues de llamado, obra lo que conviene para esta misma salud, si él no lo ayuda. Por eso dice el mismo Dios, en el evangelio de San Juan, cap. 15, vers. 4 y 5: *Manete in me et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere.* El Apóstol, en su segunda epístola á los de Corinto, cap. 3, vers. 4 y 5, dice: *Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum, non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* Esta misma impotencia radical del hombre en el negocio de su salvacion confesaba el santo Job cuando decia (cap. 44): ¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino vos, Señor? Y Moisés diciendo (Exód. c. 34.): Nadie por sí mismo puede ser inocente delante de tí.—San Agustin, en el inimitable libro de *Las confesiones*, volviéndose á Dios, le dice: Señor, dadme gracia para hacer lo que vos mandais, y

mandadme lo que mejor os parezca. De manera, que así como Dios me declara lo que debo creer, y me da fuerzas para creerlo, del mismo modo me manda lo que debo obrar, y me da gracia para obrar aquello mismo que me ha ordenado.

¿Qué entendimiento habrá que conozca, qué lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera en que Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y cómo le lleva por el camino de la salvacion con mano á un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente? ¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confundirse y sin menoscabarse? Solo sé una cosa, Señor; que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sino olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silbo de viento delgado en lo suave, como aquilon en lo fuerte. Soy llevado por tí, como por el aquilon, y me muevo hácia tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras; pero no me empujas, sino que me sollicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tú te mueves en mí. Tú vienes á mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas á mi puerta y vuelves á llamar: sé que puedo no responderte, y perderme; sé que puedo responderte, y salvarme; pero sé que no podria responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta, y tuya y mia la respuesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro, y que cuando obro, merezco; pero que no merezco sino porque tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar; sé que cuando me premias porque merezco, y cuando merezco porque obro, me das tres gracias: la gracia del premio, con que galardonas; la gracia del merecer que me diste, con la cual galardonaste; la gracia que me diste de obrar con ayuda tuya. Sé que tú eres

como la madre, y yo como el niño pequeñuelo en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le da la mano para que ande, y despues le da un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano. Sé que no escribo sino porque tú me has encendido en el deseo de escribir, y que no escribo sino lo que me enseñas ó lo que permites que escriba; creo que el que cree que mueve un miembro sin tí, ni te conoce ni es cristiano.

Yo pido perdon á mis lectores por haber entrado, siendo profano y lego como soy, por el camino recóndito y escabroso de la gracia. Todos reconocerán, sin embargo, á poco que reflexionen, que el entrar algun tanto por ese áspero camino, era una exigencia imperiosa del gravísimo asunto que vengo tratando en los últimos capítulos. Tratábase de averiguar cuál es la explicacion legítima del prodigio, siempre antiguo y siempre nuevo, de la accion poderosa que el Cristianismo ha ejercido y está ejerciendo en el mundo, para venir á parar despues en el ministerio no menos estupendo y prodigioso de la virtud de trasformacion que ha mostrado en sí al ponerse en relacion y contacto con las sociedades humanas. El prodigio de su propagacion y de su triunfo no está en los testimonios históricos, ni en los anuncios proféticos, ni en la santidad de su doctrina; circunstancias todas que, en el estado á que fué reducido el hombre despues de la prevaricacion y de la culpa, han sido más propias para apartar de él á las gentes, que para llevarle triunfante y vencedor hasta los términos mas apartados de la tierra. Los milagros no han sido tampoco parte para obrar este prodigio; porque si bien es cierto que, considerados en sí, son una cosas obrenatural, considerados como una prueba exterior, son una prueba natural sujeta á las mismas condiciones que los otros testimonios humanos. La propagacion y el triunfo del Cristianismo es un hecho sobrenatural, como quiera que se ha propagado y ha triunfado á pesar de llevar en sí todo lo que debía haber impedido su propagacion y su victoria. Siendo este un hecho sobrenatural, no podia explicarse legítimamente sino subiendolo á una causa que, siendo por su naturaleza sobrenatural, obrara en

lo exterior de una manera conforme á su propia naturaleza, es decir, sobrenaturalmente. Esta causa, sobrenatural en sí misma y sobrenatural en su accion, es la gracia. La gracia nos fué merecida por el Señor cuando padeció en la cruz muerte afrentosa, y la recibieron los apóstoles cuando bajó sobre ellos el autor de toda gracia y de toda santificacion, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo infundió en los apóstoles la gracia que nos mereció la muerte del Hijo por la misericordia del Padre, viniendo de esta manera á ocuparse en la obra inefable de nuestra redencion, como ántes en la creacion del universo, la Trinidad divina.

Esto sirve para explicar dos cosas que, sin esta explicacion, serían de todo punto inexplicables, conviene á saber, como fué que los apóstoles obraron mayores milagros que su divino Maestro, y que los milagros de los primeros fueron mas fructuosos que los del segundo, segun les fué anunciado por el Señor repetidas veces y en diferentes ocasiones. Consistió esto en que el rescate univérsal del género humano en toda la prolongacion de los siglos, desde los tiempos adámicos hasta los últimos tiempos, habia de ser el galardón de la sangrienta tragedia de la cruz; y en que, hasta que fuera consumada, las divinas mansiones debian estar cerradas ante los desdichados hijos de Adán con puertas de diamante.

Cuando los tiempos fueron llegados, el espíritu de Dios vino sobre los apóstoles, como un viento impetuoso, en lenguas de fuego. Entonces sucedió que sin transicion ninguna fueron mudadas en un punto todas las cosas, en virtud de una accion sobrenatural y divina. En los apóstoles se obró la primera mudanza; no veian, y tuvieron luz; no entendian, y tuvieron entendimiento; eran ignorantes, y fueron sapientísimos; hablaban cosas vulgares, y hablaron cosas prodigiosas. La maldicion de Babel tuvo fin: desde entonces cada pueblo habia hablado su lengua; los apóstoles las hablaron, sin confusion, todas juntas; eran pusilánimes, fueron atrevidos; eran cobardes, fueron valerosos; eran perezosos, fueron diligentes; habian abandonado á su Señor por la carne y por el mundo, abandonaron por su Señor el